

Damián F. Lamberta

Nati me propuso matrimonio la misma madrugada que salió la ley. Estábamos en la cama, tapadas hasta el cuello y con los pies helados. Habíamos fumado mucho. El aire apestaba. Ahora, si queremos, nos podemos casar, dijo Nati sentándose en la cama. Después me miró con su enorme cara y lo soltó:

¿Nos casamos?

Claro que lo deseaba. Y de alguna manera también lo esperaba. Nos imaginé saliendo del Registro bajo una lluvia de arroz. Juntas hasta la muerte. Pero no pude evitar los malos pensamientos, no pude evitar que alteraran la forma de mi sonrisa.

Prendimos otro cigarrillo, el humo azul a contraluz, las estrellas en la ventana. Y seguí imaginando cosas mientras Nati perdía la paciencia con mi expresión sombría. Preguntó qué carajo me pasaba. No me dio tiempo a responder. Empezó a ponerle gritos a sus celos y siguió hasta que me rendí al sueño.

No importaba cuántas veces le jurara que no había pasado nada con Carrizo.

Aunque fuera cierto que estaba pensando en él.

Hacía diez años que trabajaba con Carrizo. Nunca habíamos participado en una balacera ni tuvimos que arriesgar la vida como nuestros colegas porteños. Estábamos bastante cómodos, los días eran iguales y amarillos como una moneda.

Levantábamos a un perejil con marihuana o a un borracho pesado. Mediábamos en peleas

de vecinos. Atendíamos denuncias por animales sueltos en el camino. Y ya nos habíamos acostumbrado a los accidentes de la ruta.

La novedad del pueblo había sido el feminicidio en la casona de los Ochoa. El marido, dueño de los tambos de la zona, se había suicidado con la misma escopeta. Cerraron el caso, y pronto quedó gastado en mil conversaciones.

El único que nos ofrecía entretenimiento era el Monchito, cada vez que alguien lo veía metiéndose en alguna casa vacía. Era una repetición. Carrizo lo acorralaba y forcejeaban un poco, mientras yo sacaba el arma, sólo para sentir su peso. El Monchito levantaba las manos y se reía como una hiena. Pasaba la noche en el calabozo y al día siguiente nos decía: Hasta luego.

Patrullábamos.

Termos y termos de mate.

Cigarrillos. Atardeceres.

Ni un disparo.

Nunca me sentí linda. Claramente: no era linda ni simpática. De piba tampoco se acercaban. Mi mal humor espantaba. Después me hice cana y saludaban con respeto, pero seguían sin acercarse. Por la espalda, oía las palabras que no me decían, que nunca me dirían en la cara. Yuta. Bagre. Torta. Marimacho.

Era fea y no importaba. Mala y no importaba.

Por eso me costaba entender el amor de Nati.

Sus celos un poco me gustaban.

Carrizo parecía pronunciar breves secretos. Hombre de pocas palabras, por eso nos llevábamos bien. Nos gustaba el mate y mientras él manejaba yo le cebaba. Era nuestro diálogo principal. Quizás el único y verdadero diálogo.

También solíamos hablar de la tele. De *Los Simpson*, del *Bailando*, *El gran hermano*. Él estaba al tanto de todo, una gran enciclopedia que registraba nombres y novedades de los programas, incluso los que se transmitían mientras estábamos de servicio.

Nos reíamos sin exagerar, entre las voces del *handy*. Después volvíamos al silencio.

Éramos buenos compañeros. Odiábamos esas parejas que se formaban en las guardias de un banco o en situaciones como la nuestra, patrullando interminables horas de tedio. Nos parecían un arreglo deshonesto, un invento que surgía por puro aburrimiento.

Nati era de Bahía, nos conocimos en un chat. A la medianoche, cuando yo terminaba la guardia y ella volvía de la remisería, nos conectábamos un par de horas.

A mí me encantaba escribir. Prendía un cigarrillo tras otro y me explayaba. Como era lenta con el teclado, Nati me acusaba de chatear con otros.

Al poco tiempo pasamos al teléfono. Perdí la gracia de escribirle, pero gané su voz cautivadora.

Hablábamos de las estrellas. Nati decía que tiraban al violeta, como los ojos de Elizabeth Taylor. Para mí eran azules, del color del humo a contraluz.

Hablábamos del mar. Yo sólo lo veía en vacaciones. No me gustaba meterme, pero siempre

me resultó fascinante contemplarlo. Nati caminaba por la playa antes de ir a la remisería. Decía que le encantaba sobre todo al atardecer, esa hora en que el viento se detiene y el sol le pega al agua de refilón.

No sé en qué momento habré mencionado a Carrizo. Nati enseguida quiso saber si nos habíamos acostado o si nos acostábamos o si nos íbamos a acostar. Por el teléfono la noté afectada, la delataban el temblor en la voz, la respiración corta y ruidosa. Me reí. Contesté que no, que ni loca.

Y no me creyó.

Una noche en la plaza de los portugueses, Carrizo gritó que estaba harto. La lluvia golpeaba la chapa del patrullero como un tiroteo. Él había sacado la cabeza por la ventanilla repitiendo con rabia que estaba harto como si la culpa fuera del clima. Me sorprendieron sus nervios, después de tantos años me había acostumbrado a su manera mansa, casi invisible, de atravesar los días.

Cuando subió la ventilla me quedé mirándolo. Más calmado y con gotas en la cara, agregó que quería irse del pueblo. Que estaba harto del conventillo.

Le di la razón, sorprendida y sin entender. Era yo la que solía putear contra ese páramo en el culo del mundo. Fantaseaba con vivir en Barcelona o Madrid. Carrizo, en cambio, señalaba el atardecer del campo, los pájaros sobre el alambre de púa. Hasta llegó a decir que no podría pisar otro suelo.

—La panadera anda diciendo que estás de novia con una chica— soltó, y volvió a bajar la ventanilla.

Iba a reírme. Pero la gravedad de su mirada me detuvo. Prefería mantener mi vida privada al margen de la comisaría y también de Carri-

zo. Sin embargo, la solidaridad de su furia me ablandó. Tuve ganas de contarle. Estaba por hacerlo cuando un relámpago nos iluminó. Me tapé los oídos porque nunca aguanté el ruido de los truenos, tampoco el de los disparos. Cerré los ojos y cuando los abrí tenía a Carrizo encima queriendo besarme. Era tan ridícula la escena, su boca desaforada, que lo devolví a su lado del asiento con un sopapo, retándolo como a un nene:

— ¡Que sea la última vez!

Me miró agitado y sacó la cabeza por la ventanilla. La había cagado.

Las calles vacías, el escándalo del temporal, las voces del *handy*, nuestro silencio de siempre: todo se había vuelto incomodidad.

Tuve que viajar a Bahía por un trámite. Se lo comenté a Nati y propuso que nos conociéramos personalmente: ir a tomar un té con torta.

Ella apuró el silencio. Conocía un lindo bar frente al mar.

No pude rechazar la invitación, me parecía un desaire, una falta de respeto a la cantidad de conversaciones que habíamos tenido a través de un cable de teléfono.

Me esperó en una mesa apartada, junto a un ventanal que exhibía el esplendor del cielo y el mar. Había dicho que llevaría una camisola negra y que la reconocería por su tamaño. Era más gorda que yo, mucho más gorda. Enseguida me sentí cómoda. Se paró haciéndome señas con la mano. Sonreía con dulzura. Nos dimos un beso en cada mejilla.

Y nos sentimos unidas.

Yo pedí café con leche y ella té de arándanos. Compartimos una porción de selva negra y una de *lemon pie*. Habíamos hablado tanto y

sin pausa durante largas noches que, cuando la camarera nos dejó y quedamos frente a frente, creí que no surgirían más palabras. Fue todo lo contrario. Si cualquiera nos hubiera observado desde otra mesa, diría que esas dos gordas se conocían de toda la vida y repasaban cada detalle de una larga ausencia.

La llevé hasta la remisería donde trabajaba como telefonista. La invité a comer a mi departamento ese mismo sábado. Aclaré que no era buena cocinera, pero las milanesas me salían bastante bien.

Después del fallido intento, Carrizo continuó los días con un silencio más pronunciado del habitual. Yo le hacía un chiste o le preguntaba sobre la gala del *Bailando*. Hacia un esfuerzo por sonreír y respondía con sequedad.

Su cara había cambiado. Nadie podía notarlo, salvo yo. Su mirada se había llenado de malas señales.

Estábamos patrullando la zona de las retamas y Carrizo detuvo el móvil junto al camino. El último pestañazo de sol caía sobre los campos. El cielo tenía un aspecto malsano. Apretó los dientes y suplicó que me separara. Su tono era serio y razonado.

Que no hacía falta que estuviera con una mujer. Que él me quería desde siempre.

Lo miré con asco y bronca. Le exigí que la cortara con un tono amenazante. Bajé a fumar y sentí remordimientos. Desde la culata, lo vi derrumbarse sobre el volante.

Luego oí su llanto.

Nati se quedaba en mi departamento los fines de semana. Escuchábamos música, conversábamos de cualquier cosa, fumando sin parar. Demostró ser mejor cocinera y me deleitaba con preparaciones exquisitas. Después de cenar



PIRELA: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, (25) (?) Rotten
... "LIAR, LIAR..." , ~~El pedrito dijo lo mismo pero todavía lo veo~~
o viejo y juntando grasa, que es lo mismo. ~~FERMENTARSE...~~



- he did it in his WAY -

→ EDGAR PIEDRAHITA

Hotel Chelsea: THE ENPISNEAR, final countdown (21)

~~ALDO SERRAVALLO~~, JOHN SIMON RITCHIE,

~~SOMATEGA~~, EL VICIOSO, SIMÓN HIZO...

~~ALVES POR ET~~

~~ASUNTO DE NANCY~~

nos íbamos a la cama a mirar tele y compartir cigarrillos y chocolates. Ella dormía hasta muy tarde y yo que siempre me desperté temprano la miraba mientras prendía el primer cigarrillo del día.

A veces salíamos a comprar. Los vecinos saludaban con respeto y gravedad, pero no disimulaban al hablar por la espalda. Las discusiones que mostraban los noticieros no se adecuaban al pueblo. Y si aparecía algo en la tele o en la radio, la gente no se animaba a comentar, simplemente cambiaba el canal o el dial, como si fuera pornografía.

Las malas señales que había notado en la mirada de Carrizo pronto se hicieron evidentes.

Un vecino había denunciado un posible escruche en la casa de los Rinaldi. Todo el pueblo sabía que estaban de vacaciones en Miami. Nos avisaron por radio y prendimos la sirena. Estábamos a diez cuadras.

Ya lo imaginábamos. El Monchito corría por el borde de la calle. Le grité el alto por la ventanilla y no se detuvo. Carrizo aceleró, le tiró la camioneta y lo hizo rodar por el asfalto. El corazón se me salía del cuerpo. Vi el cuerpo flaco, tendido en la calle, iluminado con el azul inquieto de la sirena. Pero apenas bajamos, salió corriendo como una liebre acorralada. Carrizo lo persiguió y cuando el Monchito estaba por saltar el paredón del baldío, sacó el arma y apuntó. Por un momento se me cruzó la idea ridícula de que le disparaba por la espalda. Tiró al aire. El Monchito se asustó y quedó manso contra el paredón. Carrizo le puso las esposas hundiéndole la cara contra el suelo. Luego le dio unas cuantas patadas puteando y gimiendo como una parturienta.

Nunca lo había visto con ese odio. Había mudado la piel como un reptil.

Una de las primeras veces que Nati se quedó en el departamento hubo un accidente en la

ruta y terminamos a la madrugada. Llegué asqueada y con ganas de meterme en la cama, abrazar a Nati y dormir hasta el mediodía.

La encontré sentada en piso, con la luz blanca resaltando sus ojos de conejo. El llanto le había desfigurado la cara y la voz. También el alcohol. Sobre la mesada: una botella de whisky por la mitad. Sacudía el dedo índice patinando los insultos. Se quiso parar y tuve que agarrarla. Decía que me había acostado con Carrizo. Que tenía olor a hombre. Lloraba. Quiso agarrarme de los pelos. Me gritó *puta* y le di una cachetada. Esperaba un contrataque histérico, un choque de su cuerpo. Pero quedó mansa como un cachorro gigante.

Nos fuimos a la cama y volví a jurarle que nunca había pasado nada con Carrizo. Suspiró diciendo que no le importaba, que un día se ponía de novia con alguno de los remiseros y chau.

Apagué la luz. Nos pusimos de espaldas. Se escuchaban grillos y un zorzal insoportable. Tardé en dormirme. Soñé que Carrizo y Nati se casaban. Los dos con el uniforme de gala. Yo era una especie de madrina o dama de honor con un vestido rosado, los zapatos me apretaban.

Recibimos un llamado por escruche. Pusimos la sirena. Otra vez el Monchito.

Pero como solía decir mi tía, que daba vuelta todos los dichos: no siempre que pasa igual sucede lo mismo. No siempre, repetía.

Algunas veces las cosas cambian y cambian para siempre.

Carrizo aceleró y volvió a tirarle la camioneta. El Monchito rodó en el asfalto. El temor y el corazón latiendo desbocado, como un eco. Nos bajamos del móvil y el Monchito disparó como una liebre. Carrizo salió a correrlo. No había pasado tanto tiempo. Las imágenes pa-

recían calcadas. Faltaba que el Monchito intentara saltar un paredón. Faltaba su cara aplastada en la tierra.

Esta vez no había paredón y Carrizo lo aco-ralló en el fondo de una casa abandonada. Desde donde estaba, distinguía la sombra de ambos, recortada por el claro de luna. Carrizo sacó el arma en lugar de las esposas. Lo llamé y se dio vuelta. Grité que me esperara. El Monchito le decía algo, quizás lo insultaba. Estaba llegando y vi a Carrizo levantar la pistola. Volví a llamarlo, pero no hizo caso. Le disparó a quemarropa.

Me quedé mirándolo, aturdida. El olor de la pólvora resultaba insoportable. Llegué a pensar que se metía la pistola en la boca y apretaba el gatillo. Pero cuando me vio soltó el arma. Temblaba. Se arrodilló gritando que me quería. Y siguió gritando: si lo había visto, si había visto todo, cómo el Monchito le había querido arrebatar el arma, cómo había disparado en defensa propia. Si lo había visto...

No me salía la voz. Carrizo suplicaba. Hablaba de los años que habíamos compartido como compañeros, de los errores de la vida. La luna parecía un hielo derretido. El humo flotando entre el olor a pólvora y su mano temblorosa ofreciéndome un cigarrillo.

Que se iba a ir al sur. Que necesitaba cambiar de vida.

Me juró que nunca sabría más nada de él.

Cuando calló, quedó el grito insoportable de la sirena. Por un lapso la había silenciado en mis oídos, pero ahora me estaba enloqueciendo. Fue lo único que pude pronunciar:

— Apagala.

La sirena al fin dejó de chillar. Me pareció oír el pitido del *handy*, aunque podían ser los gri-

llos. Carrizo regresó con una campera y cubrió el cuerpo. Permaneció parado y con la vista quieta. Tal como si mirara un fuego.

Oímos otra sirena, el azul como un relámpago en el horizonte. Carrizo dijo que me quería. Que nunca había querido a nadie. Ni siquiera a su mamá.

Y en ese momento tuve dos certezas. Se había vuelto totalmente loco. Y yo lo iba a cubrir con un relato sin fisuras.

El sumario fue apenas un trámite, testifiqué la legítima defensa. A nadie le extrañó que Carrizo decidiera dejar la fuerza. Ya en todos los rincones del pueblo se comentaba que había quedado trastornado por el incidente.

El comisario quiso convencerlo. No quería perder un efectivo con su calidad humana. Los compañeros organizaron un asado para despedirlo. Mentí una fiebre. Nati hizo pochoclos y vimos una de Darín.

La noche antes del Civil apenas pude pegar un ojo. Me dormí profundo recién al amanecer y soñé que Carrizo reaparecía. Nati y yo salíamos del Registro con las libretas en la mano y entre la lluvia de arroz y las sonrisas iluminadas de sol, Carrizo lloraba patinando las palabras por la borrachera.

Salimos del Registro Civil con las libretas en la mano. El sol me encandilaba, demoré la sonrisa vigilando entre la lluvia de arroz, escrutando todas las caras. Miré a mis espaldas y hacia la esquina. Nati me devolvió a su lado, acariciándome el hombro. Guiñó el ojo y me dio un beso en el cachete. Estaba hermosa con el peinado recogido.

Hicimos pizzas para unos pocos invitados. Nos sacamos mil fotos, bailamos y cantamos borrachas en nuestro minicomedor. La luna remontó el cielo. Quedamos solas, casadas y

felices. El departamento patas para arriba. Hicimos té con limón y nos fuimos a dormir.

A la madrugada me levanté al baño, fumé un cigarrillo en la cocina y volví a acostarme junto a Nati.

Esposa, le dije, abrazándola.

No entraba ni una pizca de luz, y en la secreta oscuridad pensé en Carrizo una vez más. Lo imaginé en un lugar con nieve, acostado en una cama fría y con la tele encendida en un canal que ya dejó de transmitir. Me pregunté si algún día volvería al pueblo. Y me dormí.

Damián F. Lamberta nació en Buenos Aires en 1979. Integró distintos talleres literarios en La Plata, ciudad donde reside. En el 2013 obtuvo una mención especial en el Premio Itaú de Cuento Digital, organizado para Uruguay, Paraguay y Argentina, formando parte de la Antología MATE. En el 2015 fue galardonado con el primer premio en El concurso "Fuera de Foco. El derecho de las y los jóvenes a la ciudad". Publicó el libro de cuentos: "El hombre de lana" (Textos intrusos, 2017). En el 2019 ganó el 16° Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano, organizado por la Universidad Autónoma del Estado de México, con la novela Así se nace (UAEM, 2019; Salto de Página, 2021). Es integrante del Grupo Literario Mulas en la Niebla.

El hermano menor

Rodrigo Díaz Cortez

19

La tarde que regresé del colegio fue también la que nos despedimos para siempre. Estaba pálida y su cara inmóvil expresaba dolor, como si tuviera en ese momento una pesadilla. Sus manos unidas sostenían un rosario. La habitación estaba repleta de flores y recuerdo que encendieron unos cirios que iluminaban su piel. La abuela Carmiña pasaba su mano por mi pelo, agarrándolo fuerte cuando llegaba a las puntas, tironeándolo sin querer. Sus lágrimas empaparon mi cara y cuello. La muerte de mamá no me afectó tanto como las palabras de los vecinos. Decían que la había matado mi hermano menor en el parto y estas palabras calaron hondo en el niño que fui. Por suerte, la abuela Carmiña consiguió una nodriza para que mi hermano Onésimo no se muriera de hambre. La chica que lo amamantó los primeros meses me resultó simpática, por-

que además de su cariño, me daba una tostada con mantequilla y mermelada de fresas que ella preparaba.

Pero todo cambió en la familia. Los sábados y domingos la abuela Carmiña guardaba luto por mamá porque el resto de la semana trabajaba de cara al público y no daba buena impresión ir vestida de negro. Pero ella no quería que su memoria se marchitara. Nos mudamos a una portería en cuyo recibidor, la abuela atendía la administración de lotería. Nuestros eran quince metros cuadrados con ventana hacia la calle. Fueron largas las negociaciones con el alcalde al que la abuela Carmiña conocía desde niño, para que nos concediera aquel lugar en el edificio del Registro Municipal y la explotación del negocio de loterías a cambio de dejarle a ella un ínfimo porcentaje del